

Sorprenderse, aún¹



MÓNICA VORCHHEIMER²

Obtenemos los mejores resultados terapéuticos en aquellos casos en los que actuamos como si no persiguiésemos fin ninguno determinado, dejándonos sorprender por cada nueva orientación y actuando libremente sin prejuicio alguno.

S. FREUD, 1912

¿Por qué escribir cuando, a veces, no hay nada excepcional para escribir? Quizás porque escribir es un modo de evitar que el asombro y el descubrimiento se desdibujen por la fuerza de la costumbre. Descontando que sin sorpresas no hay ni análisis ni analista, debemos sin embargo estar alertas para evitar que en ese microclima de habitualidad que se crea en el encuentro con el paciente se adormezca la capacidad de asombro y su camino hacia el descubrimiento. Parafraseando a Meltzer, recordaría que entre la rutinización y la inspiración debe mediar un trabajo sobre la contra-transferencia, vale decir, sobre la afectación del analista y su contribución ya sea obsesivizando la tarea o mediante una megalomanía creacionista.

La sorpresa no debe confundirse con la novedad ya que lo que nos sorprende es muchas veces una repetición que puede conducir hacia una vía inesperada, operando como una brújula para movilizar lo detenido, lo estereotipado que se anquilosa en muchos trayectos de *impasse* en todo análisis. Por ello, quisiera referirme aquí a la sorpresa que causa en el

1 Trabajo presentado en el Congreso Fepal, San Pablo, 2012.

2 Miembro titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
monicavorchh@gmail.com.

analista, paradójicamente, el encuentro con aquello que aunque se cree sabido se presenta con una cualidad asombrosa, como si fuera la primera vez, y de allí su eficacia al relanzar el proceso asociativo con una cualidad pasional que refresca el trabajo analítico.

UNA VIÑETA

Por diversas razones aquel verano no tomaba vacaciones; así se lo hice saber a Tomás, aclarando que naturalmente si él las tomaba yo no le cobraría esas sesiones. Me dijo que él tampoco tenía planes y que por lo tanto continuaría yendo al análisis.

Sin embargo, un lunes me pide que le cambie el horario del siguiente lunes dado que planificó un viaje con su padre. Tomo mi agenda para cambiar la hora. Por su trabajo, pedidos de cambio de hora no eran inusuales y formaban parte de la flexibilidad con que manejaba las estipulaciones horarias. Le pregunto si podría venir el miércoles, e inmediatamente me sorprende de no haberme dado cuenta de que el miércoles es ya un día regular de sesión. Él pareció no registrar mi desliz y yo estoy a punto de corregirme cuando me dice que el miércoles —esta vez por razones de trabajo— probablemente tampoco podrá venir en su horario, pero me lo confirmaría la vez siguiente.

Me sorprende nuevamente ante mi falta de sorpresa y la habitualidad con que tomé este pedido como si no mereciera una escucha analítica y fuera solo un asunto de agenda. Mi propio desliz me advirtió de que algo debía entrar en la conversación analítica. Cierro entonces mi agenda, reencauzando mi desvío en la escucha.

Me dice que estuvo monotemático, algo conocido: todo el fin de semana perfeccionando estrategias con relación a la nueva chica a cuya conquista se ha lanzado; no es que ella lo hubiera rechazado, pero le pidió ir despacio, lo que para él es como un *no*. El fin de semana tuvo un sueño en el que ella le decía que estaba en una relación; era como un rechazo, un *no*. En el sueño, *estaban en un lugar cerrado, no era al aire libre; el escenario es parecido a la casa de la abuela materna, algo de otra época. La mujer, con quien quiere tener una relación, le dice que está con otro*. Asocia con que sobre esta chica él piensa que es como una mina de las de antes, virgen,

por sus creencias religiosas. Eso le despierta aún más deseos, torcerle las convicciones, ganarle a Dios. El rival difícil la hace aún más atractiva.

Conocíamos muy bien esta configuración subyaciendo a sus elecciones de objeto, al modo en que Freud lo describió con maestría en su trabajo sobre celos, paranoia y homosexualidad (1921) o Meltzer (1965, 1976) con relación a los celos posesivos y delirantes. Sin embargo, aunque Tomás tenía una actitud cooperativa en el tratamiento, no toleraba cuando se le interpretaba la transferencia negativa, o lo «aceptaba» pero con ánimo de dar por cerrado el asunto sin nada que seguir considerando. Aumentaban su paranoia y la atribución a mí de una gran posesividad y de una especie de delirio de importancia; los dos sabíamos que hablar de la hostilidad en la transferencia era inaceptable.

A esta altura yo ya había tomado conciencia de que la naturalidad con que yo misma había recibido su pedido de cambio de hora obedecía a un aspecto personal mío con relación al trabajo y al dinero. Ya que no tomaba vacaciones, qué mejor que trabajar y cobrar. Pero este deseo atacaba mi posición de analista desviando la atención flotante; despejado, pude volver al material de Tomás y decirle que quizás la sesión también había tenido un comienzo conocido al pedirme el cambio de hora, pero que no deberíamos tomarlo así, ya que había una diferencia dada por el hecho de que él se iría de viaje y podría optar por no venir a la sesión, que yo no cobraría —como él debía saber—, a diferencia de lo establecido otras veces.

Se sorprendió mucho por mi observación. Dijo que de todos modos prefería pagar y no perder la hora, al punto de que organizó así su viaje para poder venir. Eso demostraba su interés por el análisis, con lo que yo estaba de acuerdo (transferencia positiva), aunque podía responder a otras motivaciones, agregué. Aclaró que él no consideraba este viaje con su padre como un viaje de vacaciones. Era solo un viaje y le parecía natural no perder la sesión. Le señalé que de este modo quedábamos igualados y que, además, pagando mantenía una suerte de statu quo en el que me mantenía, en el decir del sueño, en un lugar cerrado, bajo control, eludiendo tal vez la ansiedad que podía causarle dejarme «libre» con la hora libre y a merced de la curiosidad respecto de qué pasaría conmigo en la hora que él no ocupara.

(No incluí en mi interpretación, a fin de centrarlo en la relación trans-ferencial, la importancia que para Tomás tiene negar cualquier vínculo

amoroso con su padre; mediante una soberbia actitud hipercrítica se ubicaba en el lugar de padre de su padre eludiendo reconocer la invitación del padre de llevarlo con él de viaje a compartir los amigos de la infancia en un asado campestre.)

Me dijo que le parecería injusto si no le cambiara la hora y que lo que yo le decía podía ser, pero... «Ahora la batalla es con Dios Freud», agregó. Sonríe tocado. Luego de un silencio agrega que ahora ya estaba distraído, pensando en que al día siguiente organizaría sus reuniones de trabajo fuera de la oficina; quizás en el bar de enfrente de mi consultorio, que es muy agradable y donde últimamente se reúne con sus clientes. Como un chiste le interpreto: «¡Un buen mirador!».

En la sesión siguiente comenta que a la salida de la sesión del lunes decidió no ir a trabajar, lo que considera una buena cosa, dada su adicción al trabajo. Se sorprendió de lo productivo de su día, la pasó bien yendo y viniendo. A la noche tuvo otro sueño. Eran dos, aunque no recuerda el primero; solo sabe que, a diferencia de lo que venimos hablando —la necesidad de que haya un tercero detrás de la mujer deseada, con quien él compite—, esta vez eran dos mujeres que se peleaban por él. En el otro sueño *iba en su coche nuevo por una ruta, no sabe si del interior o de acá, y escucha un ruido en el aire; detiene el coche y descubre que una paloma estaba atrapada en la parrilla cromada, entre las barras horizontales, con un ala afuera y el resto encerrado, luchando por salir, medio viva, medio moribunda*. Asoció la paloma con la libertad, sentirse atrapado en su dilema amoroso actual le quita libertad, dijo. Cuando se engancha con una mina siente que se le mueve el piso. Esto ya era conocido también.

Sin embargo, nuevamente me sorprende ante la expresión de que «se le mueve el piso». Minutos antes me había «distráido» observando el piso de mi consultorio; tengo dos sillones frente al mío, donde atiendo parejas, y me llamó la atención observar que la madera estaba rayada solo debajo de uno de los sillones; me pareció raro, no lo había notado y pensé que podría aprovechar el verano para lustrarlo. Pero me llamé al orden rápidamente y volví a la escucha de Tomás.

Sin embargo, cuando él mencionó el piso que se le movía, volví a mi «distracción» sobre el piso rayado, *desparejamente* rayado. Una interpretación de la transferencia negativa volvía a tomar forma para mí, aunque con

los reparos de que se rompiera la paz. ¿Sería la paloma medio viva, medio muerta del sueño una paloma de la paz? Pero esta era una ocurrencia mía. ¿Me estaría equivocando, como parecía señalar Tomás en el primer sueño de las dos mujeres que, sin embargo, dijo que no recordaba bien? ¿Sería este precisamente el deseo que se realizaba en ese sueño, el de demostrar «mi equivocación»? ¿Querría incitar mi curiosidad mediante el olvido y deshacerse de la suya?

Había ruido en el aire y debíamos detenernos a explorar de qué se trataba, a riesgo de que se le moviera el piso y nos topáramos con aspectos de él que podrían resultarle *rayantes*, probablemente con relación a lo que estaba pasando en el consultorio: su viaje, su pedido de cambio de hora, las vacaciones, la pareja analítica, la curiosidad, etcétera. ¿Qué ocurriría conmigo si no le cambiara el horario y dejara sus horas sin ocupar? ¿Disfrutaría de no venir a trabajar como él el lunes? ¿Cómo ocuparé mi tiempo? ¿Habrá un hombre detrás de mí de quien debe sustraerme y a quien torcer? ¿Una mujer?

Para mi sorpresa, aceptó que sentía que me ponía entre la espada y la pared, ya que no toleraría si no le cambiara la hora; él detesta las vacaciones, que siempre fueron un problema para él, continuó, explayándose en relatos de vacaciones angustiantes, aburridas, de las que siempre quiere regresar anticipadamente. Luego de un silencio, recuerda sus vacaciones infantiles, las disputas entre sus padres por la tenencia de los hijos durante el verano, la crueldad del padre que no le permitía ni hablar con la madre mientras veraneaba con él y la fantasía de que la madre se sentaba en un banquito a esperar que los hijos volvieran. Poco después pudimos sin embargo deconstruir este recuerdo encubridor que negaba que la madre vacacionaba con su novio de turno y la novedad de que esta vez se sentía contento de irse con su padre al interior, ya que las últimas veces que lo había acompañado la había pasado bien.

COMENTARIO: Los debates sobre la contratransferencia centran su crítica en el malentendido que equiparó la noción de contratransferencia con ocurrencias del analista sin mediar transformación, como espejo del material inconsciente del paciente y vía regia de acceso a él. En el polo opuesto, a partir de otro malentendido, se desestimó toda ocurrencia del analista

considerándola una mera expresión de sus resistencias. Esta última posición derivó muchas veces en arrojar al bebé junto con el agua sucia, llevó al analista a rechazar sus ocurrencias y a considerarlas meras distracciones.³

Retomando el clásico artículo de Money Kyrle (1956) podemos considerar que las «distracciones» del analista son resistencias en tanto desvío de la atención flotante, y ya sabemos desde 1914 que el psicoanálisis es el análisis de las resistencias; agreguemos que estas resistencias que deben ser analizadas son también del analista, como desvío de su atención parejamente suspendida. Atender parejamente atañe a lo que emerge tanto del paciente como del analista. ¿Cómo salir de este atolladero?

Valorar el efecto de sorpresa en el analista constituye una brújula privilegiada que lo orienta para discernir si una ocurrencia debe ser tomada como distracción o como un efecto de su receptividad analítica y permeabilidad frente a nuevas emergencias de lo inconsciente.⁴ Ese sobresalto que sacude la modorra desacomoda una posición anclada las más de las veces en prejuicios ora teóricos ora personales restituyendo a la docta ignorancia al lugar destacado que ha de tener en la actitud analítica.

Lejos de adscribirse a la ignorancia del principiante, la sorpresa refleja el rendimiento de ese estado complejo y sofisticado de «capacidad negativa», de flotar en la incertidumbre abierto a lo inesperado, en el misterio y en la duda, sin la necesidad irritable de buscar hechos o razones (Bion, 1970). Un estado de paciencia indispensable para la creatividad y la interpretación. Prefiero aludir a este estado como de espera paciente en lugar de la habitual referencia a la duda tolerada, por cuanto, a mi entender, la idea de tolerar, aunque de referencia corriente entre nosotros, le imprime a esta descripción una cualidad reactiva, defensiva, en la que opera una contrafuerza ante el impulso a «comprender».

Reparemos entonces en que el efecto de asombro desnaturaliza lo obvio. Una inicial vivencia de lo siniestro en que un saber que se cree dado

3 Para un detalle contemporáneo de este debate, véase Lacan y el debate sobre la contratransferencia, de Alberto Cabral (2009), Buenos Aires, Letra Viva.

4 Descuento aquí cualquier pretensión de objetividad que aspire a ubicar al psicoanálisis como ciencia, inclinándome por una concepción que sitúa la tarea analítica cercana al arte.

se suspende, falla. El analista se despabila en su tropiezo, expuesto a una conmoción identificatoria que en mayor o menor grado denuncia la existencia inconsciente de su implicación personal. Ante esa sensación de extrañeza, de perplejidad transitoria, hará su aparición esa otra escena, lo inconsciente del analista, siempre experimentado con la ajenidad de lo que toma por sorpresa y a lo cual el analista está inexorablemente sujeto.⁵ La capacidad de alojar la conmoción identificatoria suspende toda pretensión narcisista de estar andando por senderos representacionales «conocidos», para relanzar la curiosidad analítica, único deseo que le cabe al analista en función. Se trata de una suerte de angustia, señal inicial que, si no es evacuada mediante un furor de comprensión, permitirá evitar nuevas represiones en la mente del analista permeando nuevamente su receptividad, lo que contribuirá a que se configure, ante la emergencia de nuevos retoños, una conjetura interpretativa que suele reestructurar la situación analítica.

Así, lo que inicialmente resultó angustioso pasará a formar parte de una experiencia placentera, con una curiosidad puesta al servicio de la investigación del material inconsciente.⁶

La sorpresa a la que me refiero sitúa retroactivamente lo que en un tiempo primero fue un desvío de la escucha del material del paciente para reubicarlo por efecto de la redundancia asociativa como una de las fuentes legítimas para reabrir el comercio asociativo por la vía de la interpretación.

Para terminar, quisiera proponer que para alojar las transformaciones de nuestra época, con sus cambios vertiginosos, nos fue requerida una flexibilización en nuestros dispositivos a fin de hacer posible la analizabilidad de muchos de nuestros pacientes. Las constantes de tiempo y dinero

- 5 En su contribución a la discusión en el panel de Fepal, Roosevelt Cassorla puntualiza cómo la toma de conciencia conduce a un viraje de la situación dual (indiscriminada) a la triangular edípica y a las consecuentes ansiedades de la posición depresiva, condiciones para simbolizar, soñar, pensar, ausentes cuando predominan colusiones de idealización mutua o sadomasoquistas. Recalca el peso traumático de la sorpresa resultado del contacto con la realidad.
- 6 Roosevelt Cassorla describe situaciones de *enactment* en las cuales el proceso es invadido por actos no pensados, que el analista inicialmente considera como errores pero que ulteriores adquieren el carácter de ruptura de una colusión obstructiva que venía aconteciendo antes entre los miembros de la dupla analítica.

—y espaciales, agreguemos, a partir de los tratamientos vía internet— se trasmudan al son de las transformaciones culturales, ya no solo por efecto de las vicisitudes procesales del análisis, sino como maniobras del analista justificadas «por los tiempos que corren». Sin embargo, la naturalización de estas variaciones arrastra muchas veces una ceguera resistencial que puede convertir la plasticidad en flaccidez. Privilegiar la capacidad de asombro nos protege de la claudicación de principios fundamentales que hacen que una práctica analítica siga siendo posible, renovando el espíritu de la tradición, que es el modo de ser fieles a ella.. ♦

RESUMEN

El presente trabajo reflexiona sobre el valor de la reacción contratransferencial de sorpresa en el analista. Propone que la sorpresa no debe confundirse con la novedad ya que sorprende muchas veces una repetición que puede conducir hacia una vía inesperada, operando como una brújula para movilizar lo detenido, lo estereotipado que se anquilosa en muchos trayectos de *impasse* en todo análisis. Las ideas son ilustradas con una viñeta clínica.

Descriptor: CONTRATRANSFERENCIA / SORPRESA / SUEÑOS / ENCUADRE / RESISTENCIA / TRANSFERENCIA / HOSTILIDAD / MATERIAL CLÍNICO /

SUMMARY

This paper reflects about the surprise reaction experienced by the analyst in its countertransference. The author suggests that the surprise must not be misunderstood as the appearance of novelty insofar frequently what arises surprise is a repetition that can lead to the unexpected, functioning as a compass that can mobilize what had been kept immobilized or stereotyped along the course of analytic process. The ideas are illustrated by clinical material.

Keywords: COUNTERTRANSFERENCE / SURPRISE / DREAMS / SETTING / RESISTANCE / TRANSFERENCE / HOSTILITY / CLINICAL MATERIAL /

BIBLIOGRAFÍA

- BION, W. *Attention and Interpretation*. Londres: Tavistock Publications, 1970. [Reimpreso Londres: Karnac Books, 1984.]
- CABRAL, A. *Lacan y el debate sobre la contratransferencia*. Buenos Aires: Letra Viva, 2009.
- CASSORLA, R. «"Enactment" (puesta en escena) agudo como "recurso" para el develamiento de una colusión de la dupla analítica». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, v. 92, 2000 <<http://www.apuruguay.org/node/853>>.
- FREUD, S. «Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico» (1912). En *O. C. Tomo XII*, Amorrortu Editores.
- «Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad» (1921). En *O. C. Tomo XVIII*.
- MELTZER, D. (1965). «La doble fase inconsciente del materialismo». En *Sinceridad y otros trabajos. Obras escogidas de Donald Meltzer*. Editado por Alberto Hahn. Buenos Aires: Spatia, 1997.
- (1973). «Interpretación rutinaria, interpretación inspirada». En *Sinceridad y otros trabajos. Obras escogidas de Donald Meltzer*. Buenos Aires: Spatia, 1997, pp. 275-292.
- MONEY KYRLE, R. (1956). «Normal countertransference and some of its deviations». En *IJP*, 37, pp. 360-366.